

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA VISIÓN TOLTECA DEL MUNDO

Los *tlamatinime* de los siglos XIII a XVI tenían, como hemos visto, vagas noticias sobre la cultura madre y el esplendor teotihuacano. Poseían en cambio una mayor conciencia del legado cultural del antiguo mundo tolteca. Llegados los pueblos nahuas en diversos momentos a la región de los lagos del Valle de México, tuvieron varias formas de contacto con algunos de los toltecas de Tula y de otros estados, especialmente con los culhuacanos, también de cultura tolteca. Más tarde, entre otros, los tezcocanos harían venir sabios y maestros poseedores del antiguo pensamiento y de las artes para ser enseñados por ellos. Así, unas veces de manera espontánea por procesos inevitables de aculturación, y otras buscándolo de intento, llegaron a hacerse dueños de las antiguas instituciones culturales.

Para comprender las formas de pensamiento de esos sabios de los siglos XIII a XVI, de las que hemos tratado a lo largo de este libro, mucho ayudará conocer la idea que ellos mismos tuvieron de la antigua visión del mundo atribuida a los toltecas. En función de ella habrían de concebir precisamente sus nuevas doctrinas. Para los *tlamatinime* esa visión del mundo aparece como creación del sabio y sacerdote Quetzalcóatl. Alrededor de esta figura, histórica y mítica a la vez, gira asimismo la explicación que dan de la *toltecáyotl*, conjunto de creaciones toltecas. Y es precisamente en función de las ideas que se atribuyen a Quetzalcóatl como intentaremos aquí acercarnos a la antigua visión del mundo, antecedente el más inmediato de lo que conocemos acerca del pensamiento náhuatl.

Historias y mitos nahuas hablan de Quetzalcóatl, conocido también en los textos como *Ce Ácatl Topiltzin*, “aquel que nació en un día 1-Caña, Nuestro Príncipe”. Quetzalcóatl (¿siglo IX? d. C.), siendo aún muy joven, se retiró a vivir solitario a la región de Tulancingo, para consagrarse a la meditación y al estudio. A los veintitantos

años de su edad fue buscado por las gentes de Tula para que viniera a ser su gobernante y guía.¹⁸

Quetzalcóatl edificó en Tula cuatro grandes palacios. Desde ellos comenzó a gobernar a los toltecas, a enseñarles las artes que él mismo había aprendido y, sobre todo, las doctrinas religiosas a que había llegado en sus meditaciones. Su pensamiento, tal como hoy podemos conocerlo, iba a dar nuevo sentido a esa antigua visión del mundo, de la que tenemos noticia por la simbología principalmente de origen teotihuacano.

En los mitos aparece el mundo como una gran isla dividida horizontalmente en cuatro grandes cuadrantes o rumbos, más allá de los cuales sólo existen las aguas inmensas. Esos cuatro rumbos convergen en el ombligo de la tierra e implican cada uno enjambres de símbolos. Lo que llamamos el oriente es la región de la luz, de la fertilidad y la vida, simbolizadas por el color blanco; el norte es el cuadrante negro del universo, donde quedaron sepultados los muertos; en el poniente está la casa del sol, el país del color rojo; finalmente, el sur es la región de las sementeras, el rumbo del color azul.¹⁹

¹⁸ Al hablar de Quetzalcóatl, deben distinguirse varios sentidos en la aplicación de este término. Por una parte es el nombre del sacerdote, héroe cultural de Tula, nacido, al parecer, a mediados del siglo IX d. C., según la correlación de Walter Lehmann en *Die Geschichte der Königreiche von Colhuacan und Mexico*, en *Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas*, Bd. 1, Text mit Übersetzung von Walter Lehmann, Stuttgart und Berlin, 1938.

La advocación de Quetzalcóatl se aplicó asimismo al supremo dios dual, venerado probablemente desde los tiempos teotihuacanos. Finalmente, los sumos sacerdotes de la religión azteca adoptaron también este título.

Para el estudio de la vida de Quetzalcóatl, el sacerdote de Tula, existen dos fuentes principales en idioma náhuatl, además de abundantes referencias de carácter legendario en las obras de cronistas indígenas y españoles del siglo XVI. Las fuentes en náhuatl son: *Anales de Cuauhtitlán*, en *Códice Chimalpopoca*, edición fototípica y traducción de Primo F. Velázquez, México, Imprenta Universitaria, 1945, y *Códice matritense de la Real Academia*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, Madrid, fototipia de Hauser y Menet, v. VIII, 1906.

¹⁹ La distribución del mundo en sus cuatro rumbos, así como los colores y símbolos de éstos, pueden estudiarse principalmente en varios códices, algunos de ellos de origen prehispánico. Véanse principalmente los códices *Borgia* y *Vaticano B*. Debe añadirse que en estos y otros códices los colores cósmicos no son siempre los mismos. Las variantes obedecen probablemente a simbologías propias de las que llamaremos distintas escuelas de pensamiento.

El simbolismo de los colores en los varios rumbos del universo es frecuente en la mayor parte de las culturas del México antiguo y de otras del Asia y del Cercano

Verticalmente, el universo tiene una serie de pisos o divisiones superpuestas, arriba de la tierra y debajo de ella. Por encima, están los cielos que, juntándose con las aguas que rodean por todas partes del mundo, forman una especie de bóveda azul surcada de caminos por donde se mueven la luna, los astros, el sol, la estrella de la mañana y los cometas. Vienen luego los cielos de los varios colores y por fin el más allá metafísico: la región de los dioses. Debajo de la tierra se encuentran los pisos inferiores, los caminos que deben cruzar los que mueren hasta llegar a lo más profundo, donde está el *Mictlan*, la región de los muertos.

Este mundo, lleno de dioses y fuerzas invisibles, había existido, cual realidad intermitente, varias veces consecutivas. A través de años sin número, los dioses creadores habían sostenido entre sí las grandes luchas cósmicas descritas en los mitos, de los cuales hemos ya tratado en el capítulo II de este libro. El periodo de predominio de cada uno de esos dioses había sido una edad del mundo, o un *sol*, como lo llamaban los pueblos prehispánicos. En cada caso había llegado la destrucción por medio de un cataclismo y después el surgir de una nueva edad. Cuatro eran los soles que habían existido y concluido por obra de los dioses: las edades de tierra, aire, agua y fuego. La época actual era la del sol de movimiento, el quinto de la serie, que había tenido principio, cuando aún era de noche, gracias a un misterioso sacrificio de los dioses, que con su sangre lo habían creado y lo habían vuelto a poblar.

Ésta parece haber sido la antigua imagen tolteca del universo. Entre las categorías cosmológicas más o menos latentes en ella, están la necesidad de explicación universal, la periodificación del mundo en edades o ciclos, la espacialización del universo por rumbos y cuadrantes, y el concepto de lucha como molde para pensar el acaecer cósmico. En este universo, donde los dioses crean y destruyen, han nacido los hombres con la amenaza de la muerte y de un cataclismo que puede poner fin a la edad presente, al actual sol de movimiento.

El objeto de la reflexión y meditación de Quetzalcóatl, según lo que nos dicen los textos, fue precisamente esta imagen del mundo.

Oriente. Véase el estudio comparativo de Carrol L. Riley, "Color-Direction Symbolism, an Example of Mexican-South-Western Contacts", *América Indígena*, Instituto Indigenista Interamericano, México, v. XXIII, n. 1, enero de 1963, p. 49-60.

Lo que en ella no pudo entender se convirtió tal vez en motivo que habría de llevarlo a inventar una nueva doctrina acerca del dios supremo y de una “Tierra del color negro y rojo” (*Ttilan, Tlapalan*), el lugar del saber, más allá de la muerte y de la destrucción de los soles y los mundos.

Repensando las viejas creencias, Quetzalcóatl pudo expresar su mensaje. Se afirma en un texto que, en su meditación, trataba de acercarse al misterio de la divinidad: *moteotía*, “buscaba un dios para sí”. Quetzalcóatl lo encontró al fin. Concibió a la divinidad, recordando más antiguas tradiciones, como un ser uno y dual a la vez, que, engendrando y concibiendo, había dado origen y realidad a todo cuanto existe.

El principio supremo es *Ometéotl*, dios de la dualidad. Metafóricamente es concebido con un rostro masculino, *Ometecuhtli*, Señor de la dualidad, y al mismo tiempo con una fisonomía femenina, *Ome-cíhuatl*, Señora de la dualidad. Él es también *Tloque Nahuaque*, Dueño de la cercanía y la proximidad, el que en todas partes ejerce su acción. El siguiente texto habla precisamente de esta doctrina predicada por Quetzalcóatl. Se mencionan en él además algunos de los atributos que creyó descubrir el sabio sacerdote en la suprema divinidad dual:

Y se refiere, se dice,
que Quetzalcóatl invocaba,
hacía dios para sí
a alguien que está en el interior del cielo.
Invocaba
a la del faldellín de estrellas,
al que hace lucir las cosas;
Señora de nuestra carne, Señor de nuestra carne;
La que se viste de negro,
El que se viste de rojo;
La que da estabilidad a la tierra,
El que es actividad en la tierra.
Hacia allá dirigía sus voces,
así se sabía,
hacia el lugar de la Dualidad,
el de los nueve travesaños
con que consiste el cielo.
Y como se sabía,
invocaba a quien allí moraba,

le hacía súplicas,
viviendo en meditación y retiro.²⁰

El dios dual, *Ometéotl*, que por la noche cubre su aspecto femenino con un faldellín de estrellas, en tanto que de día es el astro que resplandece e ilumina, aparece también como Señor y Señora de nuestra carne, como aquel que se viste de negro y de rojo, los colores símbolo del saber, y es al mismo tiempo quien da estabilidad a la tierra y es origen de toda actividad en la misma. Pero ese dios que mora en el lugar de la dualidad, más allá de los nueve travesaños celestes, era invocado también con el título de “mellizo precioso”, nombre que como lo han mostrado, entre otros, Seler y Garibay, significa también, además de serpiente de plumas de quetzal, la voz *Quetzalcóatl*. Probablemente el mismo sabio sacerdote había derivado su nombre de este título de la divinidad suprema. El sacerdote enseñaba así a los toltecas la forma de acercarse a *Ometéotl-Quetzalcóatl*.

Eran cuidadosos de las cosas de dios,
sólo un dios tenían,
lo tenían por único dios,
lo invocaban,
le hacían súplicas,
su nombre era *Quetzalcóatl*.
El guardián de su dios,
su sacerdote,
su nombre era también *Quetzalcóatl*.
Y eran tan respetuosos de las cosas de dios,
que todo lo que les decía el sacerdote *Quetzalcóatl*
lo cumplían, no lo deformaban.
Él les decía, les inculcaba:
—Ese dios único,
Quetzalcóatl es su nombre.
Nada exige,
sino serpientes, sino mariposas,
que vosotros debéis ofrecerle,
que vosotros debéis sacrificarle.²¹

²⁰ *Anales de Cuauhtitlán (Códice Chimalpopoca)*, f. 4; *AP I*, 15.

²¹ Informantes de Sahagún, *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*, f. 176r; *AP I*, 95.

El pueblo tolteca comprendió la doctrina de Quetzalcóatl. Guiado por él, pudo relacionar así la idea del dios dual con la antigua imagen del mundo y el destino del hombre en la tierra:

Y sabían los toltecas que muchos son los cielos,
decían que son doce divisiones superpuestas.
Allí está,
allí vive el verdadero dios y su comparte.
El dios celestial se llama Señor de la dualidad
y su comparte se llama Señora de la dualidad, señora celeste.
Quiere decir:
sobre los doce cielos es rey, es señor.
De allí recibimos la vida
nosotros los *macehuales* (los hombres).
De allá cae nuestro destino,
cuando es puesto,
cuando se escurre el niño.
De allá vienen su ser y destino,
en su interior se mete,
lo manda el Señor de la dualidad.²²

El sabio sacerdote insistía en que el supremo dios dual era el creador de todo cuanto existe y el responsable de los destinos del hombre. Era necesario acercarse a la divinidad, esforzándose por alcanzar lo más elevado de ella, su sabiduría. Los sacrificios y la abstinencia eran sólo un medio para llegar. Más importante era la meditación dirigida a buscar el verdadero sentido del hombre y del mundo. Hacerse dueño de lo negro y lo rojo, las tintas que daban forma a los símbolos y pinturas de los códices. Quetzalcóatl sabía que en el oriente, en la región de la luz, más allá de las aguas inmensas, estaba precisamente el país del color negro y *Tlilan, Tlapalan*, la región de la sabiduría. Escapando por la región de la luz, podría tal vez superarse el mundo de lo transitorio, amenazado siempre por la muerte y la destrucción. Quetzalcóatl y algunos de los toltecas marcharían algún día a esa región del saber, a *Tlilan, Tlapalan*.

Pero en tanto que el hombre podía llegar al país de la luz, debía consagrarse en la tierra, imitando la sabiduría del dios dual, a la creación

²² *Ibid.*, f. 175v; AP I, 33 y 38.

de la *toltecáyotl*, las artes e instituciones de los toltecas. Entregarse a la *toltecáyotl* era en el fondo repetir en pequeño la acción que engendra y concibe, atributo supremo del dios de la dualidad, que es también *Tloque Nahuaque*, Dueño de la cercanía y la proximidad.

Precisamente la imagen que tuvieron los sabios nahuas posteriores de Quetzalcóatl y de la *toltecáyotl* ofrece, con los más vivos colores, cual si fuera un antiguo poema épico, la relación de los hallazgos y creaciones de Quetzalcóatl:

Los toltecas eran sabios,
sus obras todas eran buenas, todas rectas,
todas bien planeadas, todas maravillosas...
Conocían experimentalmente las estrellas,
les dieron sus nombres.
Conocían su influjo,
sabían bien cómo marcha el cielo,
cómo da vueltas...²³

El cuadro maravilloso del mundo tolteca en el que todo era abundancia y creación artística, gracias a la sabiduría del sacerdote Quetzalcóatl, no llegó a confundirse, sin embargo, con el más elevado ideal del antiguo sabio y héroe cultural. La grandeza de la *toltecáyotl* seguía siendo, a pesar de todo, una creación en el tiempo, en un mundo amenazado por una final destrucción. El verdadero ideal era la sabiduría, que sólo podría alcanzarse, superando la realidad presente, más allá de las aguas inmensas que circundan al mundo en *Tlilan, Tlapalan*, el país del color negro y rojo.

La historia o leyenda náhuatl acerca de Quetzalcóatl concluye, transformado ya en mito el gran sacerdote, pasando a narrar su huida de Tula, su abandono de la *toltecáyotl* y su marcha definitiva a *Tlilan, Tlapalan*. Quetzalcóatl tuvo que irse forzado por hechiceros venidos de lejos con el empeño de introducir en Tula el rito de los sacrificios humanos. El sacerdote tuvo un momento de debilidad. Rompió su vida de abstinencia y castidad. Pero, arrepentido luego, volvió a eruirse para afirmar de nuevo las ideas a las que había consagrado su vida. Quetzalcóatl se entregó entonces de lleno a su

²³ *Ibid.*, f. 175r-175v; AP I, 96.

propia concepción religiosa y decidió hacer realidad la búsqueda de *Tlilan, Tlapalan*:

Se dice que cuando vivió allí Quetzalcóatl
muchas veces los hechiceros quisieron engañarlo
para que hiciera sacrificios humanos,
para que sacrificara hombres.
Pero él nunca quiso, porque quería mucho a su pueblo,
que eran los toltecas...
Y se dice, se refiere,
que esto enojó a los magos;
así éstos empezaron a escarnecerlo,
a burlarse de él.
Decían
que querían afligir a Quetzalcóatl
para que éste al fin se fuera,
como en verdad sucedió.
En el año 1-Caña murió Quetzalcóatl.
Se dice en verdad
que se fue a morir allá,
a la Tierra del Color Negro y Rojo.²⁴

Éstos son los rasgos principales de la imagen que, al parecer, se forjaron los *tlamatinime* acerca de Quetzalcóatl y de la antigua visión tolteca del mundo. Resumiendo, pueden distinguirse en ella cuatro puntos fundamentales:

Primero. Su aceptación de la antigua concepción del universo con sus cuadrantes, sus pisos celestes e inferiores y su existir intermitente en las varias edades o soles, con la amenaza siempre presente de un fin violento. Y nótese la peculiaridad de la visión tolteca de los ciclos cósmicos, la cual, a diferencia de otras formas de pensamiento fatalista, abre la puerta a diversas posibilidades. Cada edad o sol puede concluir en forma súbita, pero también es posible que siga existiendo, ya que en realidad su ser depende de los dioses y la voluntad de los dioses permanece desconocida para los hombres.

Segundo. La reiteración de la creencia en la suprema divinidad dual, principio que engendra y concibe (*Ometéotl*), Dueño de la

²⁴ *Anales de Cuauhtitlán (Códice Chimalpopoca)*, f. 5; AP I, 97.

cercanía y la proximidad (*Tloque Nahuaque*), respecto del cual las numerosas parejas de dioses parecen ser meras manifestaciones, símbolo de su omnipresencia.

Tercero. El descubrimiento de un sentido y misión del hombre en la tierra, siguiendo el pensamiento de Quetzalcóatl: participar en la creación de la *toltecáyotl*, el conjunto de las artes de los toltecas, imitando así la actividad del dios dual, hasta encontrar en lo que hoy llamamos arte un primer sentido para la existencia del hombre en la tierra.

Cuarto. La convicción de que para encontrar una raíz más profunda es menester superar la misma *toltecáyotl*, en busca de *Tlilan*, *Tlapalan*, la región del color negro y rojo, el mundo de la sabiduría. La idea, transformada en símbolo y mito, de que es necesario traspasar, gracias a la meditación que busca el saber, la realidad presente en la que todo es como un plumaje de quetzal que se desgarrar, para alcanzar una especie de salvación personal en el acercamiento al dios dual cuyo ser se encuentra, más allá de las aguas inmensas, en el misterioso *Tlilan*, *Tlapalan*.

Estas ideas, atribuidas a los toltecas, fueron herencia de los pueblos nahuas posteriores. Incorporadas al pensamiento religioso de los diversos grupos venidos de las llanuras del norte, habrían de sobrevivir para ser repensadas y aun vividas con plenitud por algunos de los *tlamatinime*. De este modo, la visión tolteca del mundo volvió a hacerse presente. El estudio de la misma en tradiciones y códices permitió a los sabios nahuas hacer suyas las antiguas categorías mentales enriquecidas probablemente con otros nuevos módulos o maneras de pensamiento enraizados también, casi siempre, en el legado cultural de los toltecas. Esas categorías, expresadas de manera inconfundible en la propia lengua náhuatl, habrían de determinar en buena parte la dirección y sentido de elaboraciones posteriores: los problemas y dudas, doctrinas y respuestas de los *tlamatinime*.